



La exótica

Por Ernesto Livacic Gazzano

Reeditando a su modo la historia que nos narra Cervantes, Fernando Gazzano se enamoró de una gitana.

¡Cosa singular! Joven, apuesto, de finos modales y ademanes distinguidos, gerente del mayor consorcio industrial de la zona, propietario del mejor automóvil que jamás se hubiera importado por el Puerto Libre, en el centro de atracción y la aspiración máxima de las chiquillas de la alta sociedad magallánica. En las comidas sobritas del "Cabo de Hornos", en las tertulias del Centro Español, en las tertulias del Club Magallánico, le formaban admirada, supranite y esmerada ronda muchachas hermosas, finas, cultas, ricas, atractivas...

Tal vez por eso, porque se le hizo demasiado familiar su presencia, demasiado monótono el tipo femenino a que en definitiva llegaban tras sus alambicadas maquillajes y acicalamientos, no se dejó prender por el amor sino frente a aquella mujer de rostro exótico, de tez exótica, de mirada exótica, de acento exótico. Era como la encarnación de la singularidad, en última instancia el verdadero estímulo del triunfador, la tenencia de la única, la satisfacción de alcanzar lo que otros no podrán. Aunque él lo sublimara con más nobles motivos, como el de incorporar a la gitanilla a una nueva cultura, a un estilo de vida urbano, a una civilización sin nomadismo, estable, enraizada.

Comenzó una mañana, al desahucarse un neumático de su coche en las inmediaciones de Bahía Catalina. Del vecino campamento gitano, salían una muchacha y otra mujer de su misma raza, ya más que madura. Después sabría que se llamaba Natacha la primera y Anastasia la segunda, y que ésta era la encargada de su educación gitana.

Se acercaron, y la mayor le preguntó: ¿Podemos ayudar en algo al señor?

Ella a agradecer su gesto con un sonriente "no, gracias", pero de inmediato sus ojos se posaron con atención y fijeza en la muchacha. La contemplaba con embobamiento, como fuera de sí, en un éxtasis que cortó su palabra.

La desatendida carretela de la lechería Piffaut se detuvo junto al automóvil. La vieja y Natacha recibieron, como todos los días, las blancas botellas y, despidiéndose, retornaron a su carro.

"Como todos los días" fue el dato que le entregó, a cambio de un suculento billete de quinientos, el modesto reportero.

A la mañana siguiente, sin necesidad de que mediana un segundo despertar, Fernando esperó la carretela a poca distancia del lugar y, con un nuevo billete, logró que el reportero le permitiera ser su acompañante. Mejor dicho, logró, con este expediente, admirar otra vez a Natacha por un par de minutos.

Al día posterior, se atrevió a dar otro paso. Junto con entregarle las botellas, deslizó sutilmente en manos de la gitanilla un popelito. Él oculto y escucha: "Cuando pueda, venga sola. Quiero hablarla".

Veinticuatro horas después, abruva por similar vía la respuesta: "Lleguen mañana un cuarto de hora más temprano".

EL AUTOR: Ernesto Livacic Gazzano, nació en Punta Arenas en 1929 e hizo sus estudios en el liceo salesiano "San José". Más tarde ingresó a la Universidad de Chile, titulándose de profesor de castellano. Actualmente es catedrático en la Universidad Católica, donde dicta sus clases de literatura.

En su carrera profesional ha desempeñado altos cargos en la educación chilena, como delegado oficial a diferentes conferencias internacionales y subsecretario del Ministerio de Educación entre 1969 y 1970.

Ha publicado varias obras de carácter didáctico, de amplia difusión en liceos y universidades. Entre sus obras de creación figuran sus "Cuatro cuentos australes", de reciente aparición.

Un tercer billete logró modificar el itinerario de la carretela, para satisfacer las indicaciones de la joven. Fernando dejó partir solo al lechero, y permaneció largo rato con Natacha.

Hombre ejecutivo y directo, le habló sin mayores rodeos de sus sentimientos, de su propósito de hacerla su mujer.

Fuere el atavismo gitano, fuere la desconfianza de Natacha, acaso la sorpresa de la muchacha, la cierta es que la respuesta encerró una corteza negativa, bajo la forma de un argumento rebuzado e improcedente: "La próxima semana nos vamos a Río Gallegos, conversaremos después del regreso".

En esos momentos, acercando por el esfuerzo, Anastasia trataba desde el campamento, a grandes gritos, acuciaba a Natacha a reingresar al improvisado recinto.

Al nuevo día, otra mujer acompañó a la vieja en la recepción del alimento.

Fernando sufría con desesperación el alejamiento de la muchacha, su indiferencia, su cruel ausencia, la dura respuesta con que castigaba su sincero ofrecimiento.

No podía imaginar cómo, por su parte, padecía también Natacha. El incidente de la mañana anterior le había valido de parte de Anastasia una severa reprimenda y el consiguiente úkase de privarse en lo sucesivo de hablar al forastero. Para ella, nada pareció más práctico que evitar la ocasión de sus encuentros. Natacha sentía, pues, ansias de ver a Fernando, no tanto por considerarlo como el amado, sino por incluirlo como su libertador. La brusquedad de la anciana había surtido un efecto que no lograron los sentidos declarados del enamoramiento.

Al siguiente amanecer, mientras el gitano aún dormía, Natacha se evadía del campamento, se adelantó largo trecho por el camino hacia el paso de la carretela y entregó a Fernando su pasaporte: "Hago usted todos los trámites para casarnos el sábado 23. Ese día será el viaje. No podrán llevarme sin el pasaporte". Y desapareció corriendo a campo traviesa, en desusada ruta hacia los campos. Para sortear el encuentro con Anastasia, era de prever.

La impensada emoción había dejado atónito a Gazzano. La felicidad, hasta entonces increíble, no sólo llegaba, sino que había con una velocidad y una decisión insospechadas.



Ilustración de Betty Adams Behr.

Como para no saber si estaba despierto o soñando, cuando o en el paroxismo de la locura.

Pero el pasaporte y la sonrisa del reportero estaba ahí, y no quedaba lugar a dudas. Ese día, por cierto, el billete fue más grande que de costumbre.

Porque, además, Fernando ya no acompañaría al reportero en los próximos acontecimientos. Tuñaban ocho días preciosos durante los cuales debía ultimar todos, todos los detalles.

Anastasia sonrió satisfecha de comprobar que había alcanzado éxito en sus drásticos métodos de educación de la muchacha. Ya hacía tres mañanas que el forastero no había vuelto a aparecer.

De paso, era prudente levantar el castigo a Natacha.

El martes, volvió a recibir la leche, acompañada ahora por su reemplazante, previamente notificada ésta de la necesidad de dar cuenta a Anastasia de cualquier gesto sospechoso de la gitanilla.

Pero todo fue hipocritamente normal.

El miércoles, también.

El jueves avisaron al reportero que sólo hasta el día siguiente serían sus clientes, pues el sábado, de alba, emprenderían viaje.

—¿Qué buena soberbia! Permite entonces que les traiga un regalo, como despedida...

El punto había sido convenido con suficiente anticipación entre Fernando y el lechero, que, claro está, se comunicaban con frecuencia.

Los dos paquetes de regalo fueron externamente iguales. Zaida creyó que lo eran incluso en su contenido: un rico pañuelo de seda multicolor. Pero el de Natacha llevaba además, entre sus pliegues, un recado de Fernando: a las 5 de la mañana siguiente, en el camino, estaría esperándola.

En medio de los preparativos del viaje de las gitanas, la barahola pudo ser mayúscula. Mas Natacha mostraba con tanta propiedad su fingida desesperación por el extravío del pasaporte, que ni siquiera Anastasia sospechó. Se le dieron las instrucciones para alcanzarlos en Río Gallegos, apenas lograra rehacerse de sus docu-

mentos, y se le dejó algún dinero para la subsistencia, para los trámites y para el pasaje.

La contienda tormentosa estalló a la mañana siguiente, cuando la vieja reportó en la desaparición de la muchacha. Sus gritos de resentimiento, sus alaridos de denota eran fenomenales. Sólo la determinación del jefe del campamento y la necesidad insuperable de parte, acallaron sus violentas manifestaciones, transformadas ahora en sordo remor.

Entretanto, Fernando y Natacha se habían encaminado en sentido opuesto, hacia la ciudad, y habían llegado ya al "Cabo de Hornos", donde él le había reservado una habitación, en la que aguardaban a la novia, en medio de flores y joyas, un hermoso traje de calle y un elegante ajuar, improvisados con excelente gusto y con la esperanza de que las medidas no resultaran inapropiadas...

A un llamado de Gazzano, su hermana y la mucama del hotel se hicieron presentes y tomaron a su cargo la preparación de Natacha para los dos sucesivas ceremonias, previas para las 9 y las 11 de la mañana. Fernando se retiró a su departamento, a fin de predisponerse convenientemente para las circunstancias propias del acontecimiento.

Cuando volvieron a encontrarse, en el taxi que los conducía al Civil, la bellera exótica de Natacha resplandecía más aún en su nuevo marco.

Luego, en la Catedral, era, definitivamente, una novia radiante, esplendorosa, que congojaba a su amado de bienestar y felicidad.

En ambas ceremonias, sus miradas y sus corazones sólo se hablaban de amor, y no otra cosa ocurrió durante la recepción en el hotel, al mediodía.

Los gitanos, por entonces, transportaban ya el control de Monte Aymond. Varios de ellos dormitaban, cabeceando, por la monotonía de la ruta y el sopor nacido de la temprana partida. Sólo Anastasia, furibunda, humillada, se mantenía en tensión, incólume, hierática.

Apenas el número de asistentes

(continúa en la Pág. 12)

La exótica [artículo] Ernesto Livacic Gazzano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Livacic G., Ernesto, 1929-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La exótica [artículo] Ernesto Livacic Gazzano.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile